

UNA DESCRIPCION DEL PERU EN EL SIGLO XVIII

Armando Nieto Vélez S. J.

Los antiguos relatos de misioneros y viajeros son fuente de extraordinario valor para el estudio y conocimiento de la geografía —en sus diversas ramas— y de los usos y costumbres de los pueblos de América. A lo largo de sus correrías el viajero científico investiga, observa y anota, plasmando una imagen del paisaje y del hombre; imagen interesante y original, porque con frecuencia pone de relieve aspectos y rasgos que un natural de la tierra estaría inclinado a omitir, por obvios y familiares. De ahí el provecho que siempre reportan las relaciones del género a los científicos dedicados a las disciplinas del hombre y de la naturaleza.

La relación que publicamos —traducida del francés— presenta las impresiones de viaje de un jesuita francés del siglo XVIII, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros y que recorrió gran parte de la costa peruana, desde Arica hasta Huaura¹. El relato fue comunicado a otro sacerdote de la Compañía, el P. Morghen, quien lo dirige a un amigo suyo, el Marqués de Raybac, en carta fechada en Huacho el 20 de setiembre de 1755. La carta de Morghen fue publicada por primera vez por L. Aime-Martin en 1814, dentro de un numeroso conjunto de cartas de misioneros jesuitas que exploraron diversas partes del globo, como puede apreciarse ya en la portada misma del volumen².

Esas cartas recibían el nombre de “cartas edificantes” y a base de ellas se reconstruyen notables capítulos de la historia misionera de la Compañía de Jesús. Han sido traducidas del latín o de la lengua original a la

1 La fecha exacta del viaje no está indicada en el relato. Los datos que permitirían una aproximación cronológica serían los relativos a un “extraordinario temblor de tierra”, que puede ser el de 25 de mayo de 1751, que causó grandes estragos, sobre todo en la región chilena de Concepción.

2 “Lettres édifiantes et curieuses concernant l'Asie, l'Afrique et l'Amérique, avec quelques relations nouvelles des Missions et des notes géographiques et historiques. Publiées sous la direction de M. L. Aimé-Martin. Tome deuxième. Guyanes, Pérou, Californie, Chili, Paraguay, Brésil, Buenos-Ayres, Indoustan, Bengale, Gingi, Golconde, Maduré, Carnate, Tanjaour, Marbate.— Paris, Société du Panthéon Littéraire, rue Laffitte, 40. 1841”. La carta de Morghen ocupa las páginas 222-229.

mayor parte de los idiomas europeos. A mediados del siglo XVIII cuidó de presentar una edición española el P. Diego Davin³. Entre las cartas publicadas por Davin merecen citarse las referentes a la selva sudamericana; cerca de las misiones entre los indios mojos y chiquitos; sobre la región del Amazonas, del Marañón y del Napo (los volúmenes VII, VIII, IX, XV y XVI). El volumen XV contiene la relación del terremoto de Concepción de 1751 y del de Lima y Callao de 1746. El último volumen es particularmente valioso, pues incluye como apéndice varias cartas geográficas, entre ellas el célebre mapa del P. Samuel Fritz sobre el curso del río Marañón.

Complementando modernamente la obra del P. Davin, el P. Mauro Matthei O.S.B. ha emprendido la tarea de publicar en Chile una selección de cartas de jesuitas, que cubre el ámbito hispanoamericano⁴.

Volviendo a Morghen, diremos que su carta no está incluida en los tomos de Davin. Ello, unido a la circunstancia de ser hoy de difícil acceso la obra de Aimé-Martin, nos mueve a verter al castellano la *Description du Pérou*. El lector advertirá muy pronto que se trata de un viajero atento y curioso, representante del espíritu cultural de la Ilustración, y que exhibe cierto aire crítico al narrar determinadas manifestaciones de sello español e indígena. Nos cuenta hechos anecdóticos de la vida de Lima (la fiesta funeraria de los negros esclavos), leyendas y mitos indígenas; el intenso comercio de barcos franceses por el puerto de Arica; peculiaridades de la fauna marina; y hasta las angustias experimentadas al cruzar un puente colgante⁵. A continuación, el relato del misionero francés.— (A. N. V.).

3 "Cartas edificantes y curiosas escritas de las Misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús, traducidas del idioma francés por...", Madrid, 1753-57, 16 vols.

4 "Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros en Hispanoamérica. Selección, traducción y notas. 2ª parte: 1700-1723" (Anales de la Facultad de Teología, Universidad Católica de Chile. Santiago, 1970, vol. XXI (1970), cuaderno 3). Sin embargo, en el plan del P. Matthei no figura la versión de la carta de Morghen.

5 Hemos actualizado, y eventualmente corregido, la toponimia del autor. En el original se lee: Guacho, Chinca, morno (por *morro*) de los diablos, Yta, Arreguipa, Tagna, Mochegoa, Guaura, Cagnette.

CARTA DEL R. P. MORGHEN, MISIONERO DE LA
COMPañIA DE JESUS, AL SEÑOR MARQUES
DE REYBAC

Descripción del Perú

Huacho, 20 de setiembre de 1755.

Señor: He tenido el honor de enviarle el año pasado la descripción de Chile según las observaciones de uno de nuestros misioneros que lo ha recorrido. No me lisonjeo de haber llenado dignamente los momentos que Ud. ha querido dedicar a la lectura de esta carta, que le ruego no considere sino como un humilde testimonio de mi reconocimiento y afecto. Si me atrevo hoy a resumirle a Ud. lo que he notado de más interesante en otra relación del mismo misionero concerniente al Perú, es porque quiero persuadirme de que la distancia no disminuye en nada la amistad con que Ud. me honra, y para que sepa Ud. con placer que todavía estoy vivo, a pesar de los achaques de la edad y las fatigas continuas de una misión trabajosa y pesada.

Quizá sería bueno seguir a nuestro misionero en sus correrías y comenzar por la capital del Perú, con cuya descripción termina el relato. No he olvidado, señor, los brillantes cuadros que Ud. me ha hecho en otras oportunidades en este país, pero me atrevo a asegurarle que son poco conformes a la verdad y que los viajeros que le han sugerido esa idea se han sentido menos inclinados a decir la verdad que a cultivar el espíritu de sus lectores. Por lo demás no pretendo que sea el Perú uno de esos países ingratos e incultos que no tienen nada de agradable para los extranjeros. Se encuentran ciertamente muchas cosas que atraen a los viajeros deseosos de singularidades; pero se podría rebatir mucho de la imagen que uno se ha formado en Europa. Ud. juzgará, señor, por el relato del misionero, del que no soy —por así decir— más que el simple copista.

Lima es la capital del Perú. Los españoles, que la descubrieron el día de la Epifanía, cambiaron su nombre por el de Ciudad de los Reyes. Esta ciudad está situada al pie de un monte poco alto para este país, pero que lo sería mucho para el nuestro. Un río o, más bien, un gran torrente baña sus muros y distribuye sus aguas por canales subterráneos en todos los barrios de la ciudad, lo que contribuye mucho a purificar el aire, que es naturalmente bastante malsano. Los alrededores de Lima son áridos y producen poco verdor. Sólo desde hace algunos años se siembra allí trigo, y no crecería sin no se levantase todas las mañanas una niebla espesa que humedece la tierra, porque no llueve jamás.

Entre la ciudad y el cerro del que he hablado, se encuentra al norte un paseo público que sería encantador y quizás único en su género si el arte secundase a la naturaleza: es un camino plantado de cuatro hileras de gruesos naranjos, que están cubiertos en todo tiempo de frutos y flores; se respira un olor agradable. Sería de desear que los habitantes no desatendiesen tanto el cuidado de estos árboles, cuyo número disminuye por días. Entrando en la ciudad por el paseo, se encuentra un barrio muy extenso, cuyas casas están bastantes bien construídas. Entre este barrio y la ciudad

está el río, que se atraviesa por un puente de piedra, y cuya perspectiva me ha parecido encantadora, porque allí se ve, de un lado, el mar en la lejanía, y el río que va a desembocar después de muchas revueltas; y del otro, el célebre valle de Lima, al que los poetas de esta ciudad han cantado tan frecuentemente y que merece, en efecto, gran parte de sus elogios. La portada de la ciudad que corresponde a este puente tiene cierta apariencia de grandeza, y es quizá el único trozo de arquitectura un poco regular. Las casas no tienen ordinariamente sino un piso; el techo es llano y hecho en terraza; todas las ventanas que dan a la calle están cubiertas de celosías. En general, las habitaciones son amplias pero sin ningún adorno: seis sillas, una alfombra o tapiz, y algunos almohadones componen todo el mobiliario de los cuartos. En las casas grandes hay comúnmente una sala construida a prueba de temblores; los muros están sostenidos por varios pilares enclavados irregularmente los unos en los otros. Esta precaución puede en realidad impedir el derrumbe, pero no garantizar de otros accidentes.

Hay en Lima una gran plaza. Es un cuadrilátero regular: la catedral y el palacio arzobispal forman un lado, y el palacio del virrey forma el otro. Los otros dos están formados por varias casas de igual altura, que parecen hermosas porque las demás no lo son. En medio de la plaza hay una gran fuente de agua, adornada con figuras de bronce: y la fuente misma, que es grande y espaciosa, sirve de fuente pública.

El palacio del virrey no es hermoso ni en su arquitectura ni en sus muebles. El Cabildo no tiene más distinción; se ve ahí solamente la historia de los indios y de sus Incas, de manos de pintores del Cuzco, que pasan por los más diestros del país. El gusto de estos pintores es del todo gótico, porque, para la inteligencia del tema que representan, hace salir de la boca de sus personajes unos rollos sobre los que escriben lo que quieren hacerles decir. El interior de las iglesias es rico en dorados y en bustos de plata maciza, pero sin arte; del resto, la arquitectura me ha parecido muy común. Se ven muchos cuadros donde se trazan las acciones principales de la vida de Nuestro Señor; la variedad, el brillo, el esplendor de los colores y sobre todo los nombres de los extranjeros que son sus autores, todo ello lo hace estimar por encima de su mérito; no son más que copias muy malas de originales muy mediocres y si no me engaño, los españoles han sacado todos estos cuadros de Italia cuando eran dueños del Milanesado, porque se reconoce visiblemente el toque de la escuela lombarda, cuyas pinturas son más ricas en colores que conformes a las reglas del buen gusto.

Podría extenderme más sobre esta ciudad, describirle sus usos, costumbres, gobierno; pero como los usos, las costumbres y el gobierno de Lima, son —con muy poca diferencia— lo mismo que las ciudades de España, no haré aquí mención de ellos. Terminaré este artículo con una costumbre bastante original, que se refiere a los esclavos. Los magistrados, para aliviarles el peso de sus hierros y suavizar un poco su esclavitud, los dividen en tribus, de las que cada una tiene un rey, al que la ciudad alimenta y a quien da la libertad. Este fantasma de rey hace justicia a los esclavos de su tribu y ordena castigos según la calidad de los crímenes, pero sin poder condenar a muerte a los criminales.

Cuando muere uno de esos reyes, la ciudad le hace magníficos func-

rales. Se le entierra con la corona en la cabeza, y los primeros magistrados están invitados al funeral. Los esclavos de su tribu se reúnen, los hombres en una sala donde bailan y se embriagan, y las mujeres en otra, donde lloran al difunto y hacen bailes lúgubres alrededor del cadáver de vuelta en vuelta cantan versos en su elogio y acompañan sus voces con instrumentos tan bárbaros como su música y su poesía. Aunque todos los esclavos sean cristianos, no dejan de conservar siempre algunas supersticiones de su país, y no se les prohíben ciertos usos a los que se han acostumbrado desde su infancia, por temor de amargarles su espíritu, naturalmente testarudo y suspicaz.

Esta curiosa ceremonia dura toda la noche y no termina sino con la elección de un nuevo rey. Si la suerte recae sobre un esclavo, la ciudad paga a su amo el precio de la plata que ha desembolsado y da una mujer al rey si no está aún casado; de modo que el rey y sus hijos están libres y pueden adquirir el derecho de ciudadanía. Por esta política los magistrados mantienen el deber a los esclavos del país, quienes unen a sus vicios naturales todos los que la servidumbre conlleva y produce.

Aunque Pisco no sea notable ni por su extensión ni por la belleza de sus edificios, podría, sin embargo considerársela como una de las primeras ciudades del Perú. El año 1690 fue arruinada por temblores de tierra; estaba situada a las orillas del mar. Habiéndose agitado la tierra con violencia, el mar se retiró a dos leguas de su bordes ordinarios. Los habitantes, asustados de tan extraño caso, se salvaron en los cerros; después de la sorpresa, algunos tuvieron la temeridad de volver para contemplar esta nueva orilla; pero mientras lo consideraban, volvió el mar con furor y con tanto ímpetu, que sumergió a todos estos infelices, y ni la huida ni la rapidez de sus caballos pudieron evitarles la muerte. La ciudad quedó sumergida y el mar penetró tierra adentro. La rada donde los navios echan hoy el ancla es el mismo lugar donde la ciudad estuvo situada en otro tiempo.

La ciudad, arruinada de esa manera, fue reconstruída a un cuarto de legua del mar. Su situación es bastante agradable: la nobleza de la provincia hace ahí jornada, y la cercanía de Lima lleva hacia allí a una serie de comerciantes cuando nuestros barcos arriban. Se puede echar el ancla delante de la ciudad o en una hondanada que queda a dos leguas más arriba hacia el mediodía. Este último fondeadero es el mejor, pero el menos cómodo, porque es un paraje desierto.

Esta región me ha parecido muy hermosa, y el aire es más puro que en los otros puertos del Perú. Hay varias iglesias en Pisco, pero son más ricas que bellas; sin embargo, he visto con mucho placer un monasterio de padres recoletos, que está situado al final de una avenida de olivos, en un lugar muy solitario. La iglesia está limpia y bien cuidada, y los claustros son de una encantadora sencillez. A dos o tres leguas se encuentra un monte donde se pretende que los indios se reunían en otro tiempo para adorar al sol. La tradición cuenta que estos salvajes arrojaban desde lo alto de esta montaña al mar piezas de plata y oro, esmeraldas, en que el país abunda, y cantidad de otras joyas que eran usadas entre ellos. Esta montaña es tan famosa en la provincia, que es lo primero que los extranjeros desean ver a su llegada. Seguí la costumbre establecida, pero no encontré nada que fuese digno de la curiosidad de un viajero.

Dejando el territorio de Pisco, entré en la provincia de Chincha, que tiene hoy por capital una pequeña población de indios que lleva el nombre de la provincia. Este poblado era en otro tiempo una próspera ciudad que en su extensión contenía cerca de doscientas mil familias. Se contaba en esta provincia muchos millones (*sic*) de habitantes; actualmente está desierta, porque apenas quedan doscientas familias. Encontré en mi ruta algunos monumentos erigidos para conservar la memoria de los gigantes de que habla la historia del Perú y que fueron heridos por el rayo por un crimen que hizo descender otrora el fuego del cielo sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra. He aquí a este respecto la tradición de los indios. Estos pueblos —dicen— durante un diluvio que inundó su país, se retiraron a las altas montañas hasta que las aguas descendiesen hacia el mar; cuando bajaron a los llanos, encontraron hombres de una talla extraordinaria, que les hicieron guerra cruel; los que escaparon a su barbarie y fueron obligados a buscar asilo en las cavernas de los montes; después de haber permanecido allí muchos años, observaron en los aires que un joven castigaba a los gigantes, y por la derrota de los usurpadores, volvieron a la posesión de sus antiguas moradas. No se ha podido saber en qué tiempo acaeció este diluvio particular como el de la Tesalia, del que se extrae la verdad entre las fábulas que los antiguos nos han dejado de Deucalión y Pirro. Cuanto a la existencia y al delito de los gigantes, no me detendré, ya que los monumentos que he visto no tienen traza de antigüedades. Los vestigios de guerras famosas que han despoblado esta provincia ofrecen algo más de realidad. Región encantadora en otros tiempos, no es más que vasto desierto que entristece por la desgraciada suerte de sus antiguos habitantes; no se puede pasar por ahí sin quedar sobrecogido, y el humor sombrío y tranquilo de los pocos indígenas que se ven, parece rememorar sin descanso los infortunios y la muerte de sus ancestros. Estos indígenas conservan con cariño el recuerdo del último de sus incas y se reúnen de tiempo en tiempo para celebrar su memoria. Cantan versos en su alabanza y tocan sus flautas aires tan lúgubres y emotivos, que excitan la compasión de todos los que los oyen. Se han visto efectos sorprendentes de esta música. Dos indios, enternecidos por el sonido de los instrumentos, se precipitaron hace algunos días desde lo alto de un cerro escarpado para ir a unirse con su príncipe y rendirle en el otro mundo los servicios que le habrían prestado en éste. Esta escena trágica se renueva con frecuencia y eterniza en el espíritu de los indios el doloroso recuerdo de las desgracias de sus antepasados.

Se encuentran en la provincia de Chincha muchas sepulturas antiguas. He visto una en la que se habían encontrado dos hombres y dos mujeres, cuyos cadáveres estaban aún casi enteros. Al lado de ellos había cuatro vasijas de arcilla, cuatro tazas, dos perros y varias piezas de plata. Era sin duda la manera como los indios inhumaban a sus muertos. Como adoraban al sol e imaginaban que, al morir, debían comparecer ante este astro, ponían en sus tumbas estas clases de regalos para ofrecérselos e inclinarlo a su favor. Los historiadores están acordes en que, en muchos lugares del Perú, los cadáveres conservan largos tiempos su forma natural. Ya sea que la extrema aridez de la tierra produzca tal efecto, ya sea que exista alguna otra cualidad que mantenga los cuerpos incorruptos, lo

cierto es que no raramente se les encuentra enteros después de muchos años.

Arica, otra pequeña ciudad del Perú, no es más considerable que Pisco, pero es mucho más afamada a causa del comercio que hacen los españoles que vienen de Potosí y de las otras minas del Perú. Esta ciudad está situada a los 18°28' de latitud sur; su rada es muy mala y los navíos están expuestos a todos los vientos.

Aunque Arica esté al borde del mar, el aire es muy malsano, y se le llama comúnmente la tumba de los franceses. Los mismos habitantes de la región parecen espectros más que hombres; las fiebres malignas, la pulmonía y en general todas las enfermedades que provienen de la corrupción del aire o de las influencias de esta corrupción sobre la sangre, no desaparecen casi nunca de la ciudad. Hay en los alrededores un monte siempre cubierto por los desechos de esas aves de presa que llamamos gaviotas y piqueros, que se recogen allí durante la noche. Como no llueve jamás en la llanura del Perú y los calores son excesivos, estos desechos, recalentados por los rayos del sol, exhalan un olor pestilente que infecta la atmósfera. El número de esas aves es tan grande, que el cielo queda a veces oscurecido. El gobernador obtiene de aquello grandes ingresos. Se utilizan esos desechos para abonar las tierras, que son secas y áridas; todos los años vienen barcos para comprar esta mercadería, que se vende bastante cara y cuyo producto total revierte al gobernador. La montaña de donde se la extrae está excavada y se asegura, sin mucho fundamento, que había allí en otro tiempo una mina de plata muy abundante. Los habitantes de la región tienen sobre esta materia ideas singulares. Se imaginan que el diablo reside en las concavidades de este monte, así como en otra roca, llamada *morro de los diablos*, que está situado a la desembocadura de los ríos de Ite y Sama, a quince leguas de Arica; pretenden que los indios, vencidos por los españoles, habían escondido allí tesoros inmensos, y que el diablo, para impedir que los españoles los aprovecharan, había matado a muchos indios que querían descubrirselos. Dicen también que se oye sin cesar un ruido espantoso cerca de estos montes; pero como están situados al borde del mar, no dudo de que las aguas que entran con violencia en sus concavidades son las que producen esta especie de mugido, que los españoles (que tienen la imaginación viva y que encuentran lo maravilloso por doquier) atribuyen al poder y malignidad del demonio.

Algunos días después de mi llegada a Arica, hubo un temblor de tierra tan extraordinario, que se sintió a doscientas leguas a la redonda. *Tobija (sic)*, Arequipa, Tacna, Moquegua y muchas otras ciudades y aldeas fueron sacudidas. Los montes se hundieron, se juntaron y sepultaron los pueblos construidos sobre las colinas y en los valles. Este desconcierto duró dos meses íntegros con intervalos. Las sacudidas eran tan violentas que uno no podía tenerse en pie; sin embargo, pocas personas perecieron bajo las ruinas de las casas, ya que éstas no están construídas sino de cañas revestidas de una tierra muy ligera. Me vi obligado a pasar cerca de seis semanas bajo una tienda de campaña que me fue levantada en tiempo raso, sin saber qué sería de mí. Al fin creí que debía abandonar los alrededores de una ciudad donde temía ser sepultado, y tomé el camino de Ilo, pequeña aldea a cuarenta leguas. Pero antes de hablarle a Ud. de este nuevo paraje, le diré todavía una palabra acerca de Arica.

La gobernación de esta ciudad es una de las más considerables del Perú a causa del gran comercio que allí se efectúa. Al llegar encontré en el puerto siete barcos franceses, que tenían entera libertad de tráfico. El mismo gobernador, que es muy rico y de una probidad infinita en el comercio, hacía compras considerables para enviar a las minas. Cerca de una legua de la ciudad hay un valle encantador (Azapa) lleno de olivares, palmeras, plátanos y otros árboles semejantes plantados al borde de un torrente que corre entre dos montañas y que va a desembocar en el mar cerca de Arica. No he visto en ninguna otra parte una cantidad más grande de tórtolas y palomas. Los gorriones no abundan más en Francia. Se encuentra también en esta parte del Perú un animal que los indios llaman *guanaco* y los españoles *carnero de la tierra*. Es una especie de oveja muy grande, cuya cabeza se parece mucho a la de un camello; su lana es preciosa e infinitamente más fina que la que empleamos en Europa. Los indios se sirven de este animal en lugar de bestias de carga, y se hacen llevar doscientas, a veces trescientas libras de peso; pero cuando están demasiado cargadas o fatigadas, se echan y rehúsan andar. Si el conductor se obstina —a fuerza de golpe— en querer hacerlas levantar, entonces extrae del gznate un líquido negro e infecto y lo escupen al rostro.

He visto también en los alrededores de Arica una cantidad prodigiosa de las aves de que le hablé. Le gustará sin duda la manera curiosa como cazan a los peces. Forman sobre el agua un gran círculo que tiene a veces una media legua de circunferencia, y cierran sus filas a medida que el círculo disminuye. Cuando por este medio han reunido en medio de ellos una gran cantidad de peces, se sumergen y los persiguen bajo el agua, mientras que una banda de otros pájaros, cuyo nombre ignoro, pero cuyo pico es muy puntiagudo, vuela por encima del círculo, se precipita de intento en el mar para tener parte en la caza y se levantan en seguida con su presa. Nuestros marinos atrapan estas últimas aves plantando a flor de agua, y a veinte o treinta pasos de la orilla, una estaca en forma de lanza, al cabo de la cual fijan un pequeño pescado. Las aves acometen esta presa con tanto ímpetu, que quedan casi siempre clavadas al extremo de la estaca. Todos estos pájaros tienen un sabor detestable; los mismos marinos apenas pueden soportar su olor. De modo semejante se ve sobre la costa un número infinito de ballenas, lobos marinos, pingüinos y otros animales de esta especie. Las ballenas se aproximan tan cerca de la orilla, que hasta llegan a encallar algunas veces. Se me habló con frecuencia de un pez de un tamaño extraordinario, al que se le dio el nombre de licornio (narval), tuve el placer de verlo en las costas de Arica. No es en realidad, de tamaño prodigioso. Nada con rapidez singular y se alimenta apenas de bonitos, atunes, dorados y otros peces de esta clase, como este animal tiene un largo cuerno en la cabeza y los más antiguos pilotos no habían visto jamás nada semejante, se le ha denominado licornio, nombre que le conviene, así como el de *pez espada* al que lleva este nombre.

Estuve poco tiempo en Ilo, aldea situada al borde del mar a 17°40' de latitud sur, y me di prisa para ver en los alrededores un valle delicioso plantado de olivos y bañado por un torrente que se seca en invierno, pero al que las nieves derretidas que caen de lo alto de las montañas vecinas lo hinchan considerablemente en verano. Observe, señor, que la palabra invierno, de que me sirvo, no hay que entenderla sino en relación a las altas

montañas del Perú y no respecto de la llanura, donde el calor y el verano son eternos. Los franceses habían hecho construir en este valle un gran número de tiendas muy bien provistas; pero los últimos temblores han derribado la mayoría. No me detendré en hacerle la descripción de Ilo; es una aldea muy pequeña donde no he visto nada notable; por ello no me quedé más que cinco días. No hice una detención más larga en Villa Hermosa (¿Moquegua?), ciudad célebre por su adhesión a los reyes de España. Al comienzo del reinado de Felipe V, cuya historia Ud. sabe, esta ciudad procedió de una manera que hará siempre honor a la generosidad de sus habitantes. Recuerde los horribles extremos en que se encontraba el rey de España en sus guerras con el Archiduque; recuerde al mismo tiempo las inauditas crueldades que los españoles habían cometido antes en el Perú, y verá Ud. si esta nación tenía derecho de esperar de un país que debía naturalmente detestarla los servicios esenciales que aquélla ha recibido. Sin embargo, las mujeres de Villa Hermosa vendieron a vil precio sus joyas, sus aretes de oro y todas las otras alhajas que poseían; los hombres vendieron igualmente lo que tenían de más precioso para subvenir a las necesidades del príncipe. Las unas y las otras se despojaron de todo de buen grado, únicamente con la intención de contribuir al sostenimiento de un monarca al que la fortuna abandonaba. Un rasgo de magnanimidad tan característico y tan emocionante es para los habitantes de Villa Hermosa un título muy acreedor a la estima y a los beneficios de los reyes de España.

Huacho y Huaura son dos pequeñas ciudades del mismo reino, que están situadas a 11°40' de latitud sur. La primera tiene un pequeño puerto al abrigo de los vientos del oeste y del sur, pero muy expuestos al viento norte; en general está mal construido, pero está habitado por indios de una franqueza y buena fe admirables en el comercio que hacen de sus géneros. Los barcos que parten del Perú para volver a Francia o para ir a China, pueden hacer ahí excelentes provisiones más cómodamente y en mejores condiciones que en cualquier otro lugar del Perú; y lo que hay de particular es que el agua que allí se carga se conserva largo tiempo sobre el mar sin corromperse. La segunda (Huaura) está situada en un lugar muy ameno, el más agradable y campestre del mundo; un río corre por el medio; las casas allí son más cómodas y mucho mejor construidas que en cualquier otra parte; noté que los habitantes de esta ciudad no tienen casi ninguno de los defectos ordinarios de esta nación. Se puede considerar este pequeño cantón como las delicias del Perú, si se atiende a la dulzura de carácter de los habitantes, la amenidad del clima y la fertilidad de la región. Le confieso, señor, que estaría tentado de pasar allá mis días, si la Providencia no me hubiese destinado a terminarlos en los trabajos del apostolado.

Saliendo de esta última ciudad, dirigí mi ruta por el lado de Cañete, pueblo de la provincia de Chíncha. No le detallaré todo lo que tuve que sufrir en este viaje. Sólo le diré que esta región es un poco menos árida que las provincias vecinas, a causas del gran número de ríos que la riegan; son torrentes formados por las nieves derretidas que caen con rapidez de lo alto de las montañas y que arrastran en su curso los árboles y las rocas que encuentran; su lecho no es profundo, porque las aguas se reparten en varios brazos, pero su curso es muy rápido. Uno está obligado con frecuencia a hacer más de una legua por el agua y se es feliz cuando no se

encuentran los árboles y rocas que los torrentes hacen rodar con sus olas, porque las mulas, intimidadas y ya atontadas por la rapidez y el ruido de las caídas de agua, caen fácilmente y se dejan frecuentemente arrastrar por las aguas con el jinete. En realidad se encuentra al borde de estos torrentes a indios llamados *chimbadores*, que conocen los vados y que, por una suma de dinero, conducen la carga lauzando grandes gritos para animar a las mulas e impedir que se acuesten en el agua. Pero si uno no cuida de pagarles bien, son capaces de abandonarlo a uno en los sitios más peligrosos y dejarlo morir sin piedad.

Llegué por fin a Cañete después de veinticuatro horas de fatigas, temores y peligros. Procuré lo primero de todo descansar. Al día siguiente recorrí el pueblo de un extremo al otro. Sus habitantes me parecieron pobres y miserables; su alimento ordinario es el trigo de Indias y el pescado salado. Es una región ingrata, triste y desértica. El vestido de las mujeres es muy singular: consiste en una especie de casaca que se cruza sobre el pecho y se fija con un alfiler de plata, de seis o siete pulgadas de largo, cuya cabeza es redonda y chata y tiene seis o siete pulgadas de diámetro. He ahí todo el adorno de las mujeres; en cuanto a los hombres, se visten más o menos como los otros indios.

Las aguas del vecino torrente de Cañete se habían desbordado cuando entré en el pueblo. Mis guías me dijeron entonces que no se podía sin arriesgar mucho continuar la ruta ordinaria, y que era preciso resolverse a hacer una jornada más y pasar un puente que se encuentra entre dos montañas. Seguí su consejo, pero cuando vi el puente, mi susto fue mayúsculo. Imagínese Ud., dos puntas de montañas escarpadas y separadas por un horrible precipicio o —mejor— por un profundo abismo, donde dos torrentes rápidos se precipitan con un estruendo espantoso. Sobre estas dos puntas se han colocado gruesas estacas a las que se han atado cuerdas hechas de cortezas de árboles, las que, pasando y repasando varias veces de una punta a otra, forman una especie de red se ha cubierto de tablas y arena. He ahí todo lo que forma el puente que conduce de una montaña a otra. No podía decidirme a pasar sobre esta máquina temblequeante, que tenía más bien la forma de un columpio que de un puente. Las mulas pasaron primero con su carga. En cuanto a mí, las seguí sirviéndome de manos y pies, sin atreverme a mirar a derecha ni a izquierda. Pero al fin la Providencia me salvó y entré en la provincia de Pachacamac. Hubo que dejar un puente al pie de una alta montaña cuya vista hace temblar; el camino está sobre el borde del mar; es tan estrecho que apenas dos mulas pueden pasar de frente. La cumbre de la montaña está como suspendida y perpendicular sobre los que caminan por debajo, parece que la mole está a cada momento a punto de derrumbarse; hasta ocurre, de tiempo en tiempo, que rocas enteras caen al mar y hacen este camino tan arduo como peligroso. Los españoles llaman a este paso el *mal paso de Asia*, a causa de un mal albergue de este nombre que se encuentra a una legua.

En el espacio de más de cuarenta leguas, no vi un sólo árbol, si no es al borde de los ríos, cuya fresca alimenta un poco de verdor. Estos desiertos inspiran un secreto horror; no se oye el canto de ningún pájaro, y en todas las montañas no he visto más que uno, llamado *cóndor*, que es del tamaño de una oveja, que se posa sobre las montañas más áridas y se

alimenta sólo de los gusanos que nacen en las quemantes arenas de que están rodeadas las montañas.

La provincia de Pachacamac (*) es una de las más considerables del Perú; lleva el nombre del Dios principal de los indios, que adoran al sol bajo este nombre como el autor y principio de todas las cosas. La ciudad capital de esta provincia era muy poderosa en otros tiempos y encerraba más de un millón (*sic*) de almas en su recinto. Fue el teatro de la guerra de los españoles, que la regaron con la sangre de sus habitantes. Pasé por el medio de las ruinas de esta gran ciudad; sus calles son bellas y amplias, pero no vi sino ruinas y osamentas hacinadas. Reina entre estos despojos un silencio que inspira temor, y nada se presenta ante la vista que no sea horrible. En una gran plaza que me pareció haber sido el lugar más frecuentado de esta ciudad, vi muchos cadáveres que la calidad del aire y de la tierra había conservado sin corrupción; estos cadáveres estaban esparcidos acá y allá; se distinguían con facilidad los rasgos de sus rostros, porque tenían sólo la piel más tensa y más blanca de lo que los indios suelen tener.

No le hablaré de otras varias ciudades pequeñas que vi en mi camino; me contentaré con decirle que en general son pobres, mal construídas y muy poco frecuentadas por los viajeros.

* Algunos geógrafos sitúan una isla de este nombre a la vista de Lima, otros hablan de un rico valle de este nombre a cuatro leguas al sur de esta ciudad (*N. del E.*).